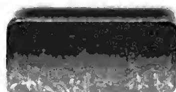
Biografía de D. Federico Soler y Hubert

Josep Feliu i Codina



Ayuntamiento Constitucional de Barcelona

BIOGRAFÍA

DE

D. FEDERICO SOLER Y HUBERT

LEÍDA POR SU AUTOR

D. JOSE FELIU Y CODINA

CON MOTIVO
DE COLOCARSE EL RETRATO DE AQUEL EN LA GALERÍA DE CATALANES ILUSTRES
EN LA SESIÓN SOLEMNE CELEBRADA
EL DÍA 26 DE FEBRERO DE 1897, EN EL SALÓN DE CIENTO
DE LA CASA CONSISTORIAL

BARCELONA — 1897

IMPRENTA DE HENRICH Y C.ª, EN COMANDITA
Pasaje Escudillers, 4

BIOGRAFÍA

Ayuntamiento Constitucional de Barcelona

BIOGRAFÍA

DE

D. FEDERICO SOLER Y HUBERT

LEÍDA POR SU AUTOR

D. JOSÉ FELIU Y CODINA

CON MOTIVO
DE COLOCARSE EL RETRATO DE AQUÉL EN LA GALERÍA DE CATALANES ILUSTRES
EN LA SESIÓN SOLEMNE CELEBRADA
EL DÍA 26 DE FEBRERO DE 1897, EN EL SALÓN DE CIENTO
DE LA CASA CONSISTORIAL



BARCELONA — 1897

IMPRENTA DE HENRICH Y C.A, EN COMANDITA
Pasaje Escudillers, 4

Excmo. Sr.:

El hombre cuya efigie coloca hoy la ciudad de Barcelona en la Galería de hijos ilustres de Cataluña, mereció cumplidamente el homenaje de honra y gratitud que se tributa á su memoria.

Muy reciente el duelo con que lloramos todos la muerte del varón ilustre, hoy al pronunciar su nombre en este acto solemne, quebrántase otra vez el corazón y brota de nuevo el llanto á los ojos; y el espectáculo, si de una tristeza más viva y penetrante, es al propio tiempo de más íntima y piadosa ternura que aquellos otros en este lugar celebrados y á objeto semejante dirigidos; pues cuando rinde Barcelona culto de veneración á uno de los grandes de su historia, consagrando méritos ó hazañas más ó menos remotos, es el suyo un acto sereno de religión y de justicia; mientras que ahora, al llegarse á engalanar con el laurel del recuerdo, la frente yerta que aun ayer concebía poderosa y ardiente, al proclamar con el rostro vuelto hacia lo porvenir el nom-

bre glorificado del poeta con quien el pueblo experimentó arrebatos y regocijos que aun parecen actuales, Barcelona realiza no solamente una misión religiosa y justa, sino también un ministerio de amor, como el de la madre que esparce flores sobre la tumba del hijo.

Por ello esa Corporación merece y alcanza el elogio de la Ciudad á quien representa; que representarla es, con dignidad y con acierto, traducir sus sentimientos dejándolos consignados en un testimonio de larga duración, como lo será la imagen trasladada al lienzo por el pincel del artista. Eso es entregar al arte el espíritu popular, á fin de que lo condense, lo ilumine y lo perpetúe; y así, pintar el retrato del hombre á quien las gentes lloraron en el día de su pérdida, equivale á esculpir en la losa del sepulcro todo lo que dijo y clamó aquel lamento unánime que nos seguía en el camino por donde acompañábamos, aun no hace dos años, el cadáver del poeta malogrado.

La ciudad os debe, pues, su alabanza, y yo quiero á su voz unir la mía expresándoos mi gratitud; que al encomendarme la tarea de evocar aquí la gloriosa memoria de Federico Soler, no solamente me dispensasteis honra inmerecida, sino que lisonjeasteis también con noble agasajo el cariño que en mi pecho abrigué siempre por aquel que fué para mí predilecto amigo y admirado maestro.

Doy principio al cumplimiento del honroso encargo, y deténgome ante la duda que en mí se suscita acerca del modo como haya de realizarlo. Yo no sé si á todo el mundo satisfarán las ideas que profeso en materia de

literatura biográfica, que no están, desde luego, muy de conformidad con las que moderna y generalmente se practican. Yo creo que la faena biográfica, sobre todo si ésta tiene el carácter de necrología, debe reducirse á unos términos de comedimiento que la hagan digna del objeto que se propone, y que no echen á perder precisamente lo elevado de ese objeto. Hoy se ha puesto al uso, y es uno de los varios estragos del *noticierismo* militante, el hurgar y el revolver en los sucesos que se refieren; y cuando de historiar se trata la vida de un hombre notable, con hojarasca de nimiedades y con imaginería de indiscreciones se suele envolver lo verdaderamente meritorio de la existencia en que se investiga; y el arte de la biografía se ha convertido en el de destruir la tranquilidad de los vivos y conturbar la quietud de los difuntos. Patente extravío es éste, á mi entender, y en él mi convicción no me dejará incurrir; que tales obras se dirigen al sentimiento puro y recto y no á la insana y frívola curiosidad, y al personaje eximio que provocó nuestro encomio se debe honra más decorosa que la de convertirle en protagonista de novela chismográfica; y es desairada y poco inteligente empresa la de juntar granitos de arena para alzar pedestales, cuando éstos, para que tengan fortaleza y magnitud, hay que labrarlos en la roca viva, arrancada de la brava y resistente cantera.

Diciendo que Federico Soler nació hijo de un modesto artesano de esta ciudad, que le educó junto á su banco

de carpintero, sin sospecha ni deseo del lustre intelectual que el niño había de conseguir, determinada queda la distancia que nuestro poeta recorrió desde su cuna hasta la cumbre que pisaba cuando le sorprendió la muerte: y medida así la extensión de su gloriosa jornada, asimismo quedan ponderados los altos quilates de su voluntad y de su talento.

Soler vió la luz en 1839, y durante los nueve años primeros de su vida, mientras pasaba el período de una infancia triste y fría, allá en el hogar ignorado de una ignorada calleja, infancia de huérfano que jamás vió el niño iluminada por la sonrisa de una madre, es bien seguro que en su pensamiento no cayó semilla alguna de ambición artística, ni tocó reflejo de la luz que lo había de rodear. El padre educaba al hijo para que fuera su sucesor en el oficio, y procedía al hacerlo, guiado por la arraigada convicción y el sobrio estímulo de nuestros antiguos industriales, para quienes era insensato y dañino todo sueño de dilatar el horizonte de la existencia más allá de la mampara de su honrado obrador.

Cuando Soler recordaba aquellos tiempos de su austera niñez, solía decir que, de no haber mudado con las peripecias de su vida las circunstancias que le rodearon, jamás se habría sentido con valor suficiente para descubrir sus inclinaciones literarias, caso de que éstas hubiesen llegado á despertarse. La total orfandad en que al cumplir sus nueve años vino á dejarle el fallecimiento de su padre, y la estrechez en que tal suceso le colocó, obligáronle á alejarse del taller y del barrio nativo, y en la nueva esfera á donde se encaminó condu-

cido por la solicitud de sus parientes maternos, dotados de cultura y envueltos en un ambiente social más respirable, tuvo Soler ocasión propicia de empezar á nutrir su inteligencia, con lo cual el adolescente en que con temprana precocidad hubo de convertirse el niño, ya pudo acoger en su interior los anhelos que se despertaban y acariciar las imágenes de lejanas glorias que en sus sueños le sonreían.

Allí comenzó á transformar en materia preciosa de sus futuras labores, todas las impresiones de su alma. El sér escogido de la naturaleza, en cuyo fondo germina un genio, posee la facultad de nutrirse con todo lo que está á su alcance, aun aquello que el vulgo desprecia por indiferente ó baladí. La luz, los sonidos, el movimiento, las palabras y los actos; lo sublime y lo ridículo, lo espléndido y lo llano, lo admirable y lo ruin, lo distante y lo inmediato, todo es, para quien vino al mundo con horóscopo de grandeza intelectual, todo es elemento de fuerza y de calor que se acumulan; con todo se enriquece el espíritu al cual asiste el don de convertir en oro de ley el barro del arroyo, en epopeya el obscuro episodio de cualquier rincón, en doctrina eterna la frase desprendida de labios indoctos, en elegía universal las tristezas del mendigo, en canto resonante las estrofas del pueblo, en grito de humana compasión el lamento y aun la blasfemia del castigado y del oprimido, y en solio de soberanos el montón informe de galas y de harapos, de dichas y miserias, de proezas y villanías que se agitan y confunden en este gran remolino de la tierra.

El ejercicio en que Soler iba ganando su sustento

y el de su familia, era á propósito para la fermentación de ideas y de afectos. Soler fué relojero, y trabajó en este arte, primero de aprendiz, luego de oficial, y finalmente de maestro, casi sin moverse de la ya histórica tienda de la calle de Escudillers que todo barcelonés y aun todo catalán conoce. Es la del relojero profesión sosegada y paciente; á la par que dispone y habitúa á la delicadeza, por el primor que sus trabajos requieren, permite la simultaneidad de la atención sobre otros objetos, con lo que el entendimiento progresa en el acopio de enseñanzas. Retiene el cuerpo, pero deja que se parta libre el alma, y de esta suerte la entretenida tarea ofrece constantes ocasiones de las que apeteció y utilizó sin duda Federico Soler, para preparar el suelo de sus ricas cosechas.

Un poeta había nacido al nacer él: un poeta con todos sus atributos de espontaneidad, de palpitante aliento, de cándidos entusiasmos, de invasora audacia, y á todos los géneros de la poesía consagró devoción ferviente y codicioso cultivo, dejándose someter por todas las manifestaciones de la belleza donde quiera que se le mostrasen.

Llegaba por entonces á su punto de esplendor la institución restaurada de los Juegos Florales, y en los cantos de aquellos trovadores insignes aprendieron otros, sus sucesores, y aprendió Cataluña entera, la verdad de un hecho cada día más claramente demostrado: que aquí poseíamos una lengua sonora, viril y rica, con que expresar nuestras creencias y nuestros sentimientos, y con que se manifestaran los catalanes grandes poetas y grandes

artistas. Era aquella una expansión de tanto mayor fuerza y de tanto mayor atractivo, en cuanto se confundían en ella el arte y la patria, y por eso la atmósfera se hizo densa á la vez que luminosa, enardeciéndose en ella las mentes que, como la de Soler, traían encerrado y fermentando el germen de la inspiración.

Pero las inclinaciones del poeta tenían ya su cauce que las encaminase, abierto por otra devoción que en aquél alentaba, igualmente fervorosa. El teatro, con su mágico poder de deleitar y de avasallar, con sus grandiosas ficciones sobre la altura de las tablas y sus arrebatos triunfales abajo, en las muchedumbres de la platea, había cautivado la voluntad de Soler, y atraído, cual tentación irresistible de vívido foco, sus aspiraciones, reduciéndolas al único y constante afán de cumplir en la escena la misión artística hacia la cual se sentía llamado. En el teatrillo casero primeramente, cuando niño, entre los bastidores y telones de papel embadurnado; y después, ya en la época de la juventud bullidora y aventurera, en varios de los numerosos teatros que entonces, como ahora, tenía la culta afición de la gente moza instalados en todos los barrios de nuestra ciudad, allí, como en los primeros vuelos del ave que ha de medir la anchura de los espacios, allí comenzó á agitarse aquella diligencia espiritual y creadora, que había de erigir, no muchos años más tarde, la institución soberbia del Teatro Catalán.

Fuera de omitir en este punto el recuerdo de los primeros frutos que nuestro poeta dió como autor de obras representadas, si ellos no se enlazasen en íntima relación

con la carrera de aquél; como que en ellos, aunque fuera entre las vallas de un coto vedado, se declaró el peregrino ingenio que luego el universal elogio ha reconocido y proclamado. En aquellas producciones, salpimentadas ciertamente con algún exceso y que se habrían perdido del todo por voluntad y aun por anhelo del propio poeta, como rastros de travesuras y demasías juveniles, borrados por las huellas mejor asentadas de la reflexión, si la rapiña de indignos espigadores no hubiese rebuscado á espaldas del mismo autor, mezquinas ganancias en aquellos rastrojos abandonados, no se descubren á pesar de todo licencias de tal índole que no permitan su oportuna mención en este sitio. En ellas, ni Petronio habría hallado imitada su agria libertad y desnudez, ni Bocaccio su provocante malicia; pero en verdad que uno y otro hubieran reconocido la ática pintura y el donoso entrometimiento con que supieron redimir sus lucubraciones de las severidades de la futura opinión. Rodrigo Cota, ó Fernando de Rojas, si éste ha ganado definitivamente á aquél el derecho á la paternidad de *La Celestina,* Mateo Alemán, Vicente Espinel, Hurtado de Mendoza y también el padre sagacísimo de *La Vida del Buscón;* y acá, más cerca de nosotros, el donairoso Vicente García, y el autor socarrón del *Llibre de les dones,* fueran los que pudieran creerse reproducidos ó memorados con toda su sal picaresca é intención nada torpe, en aquellos devaneos de las mocedades de Soler, para entretenimiento de amigos y diversión de horas ociosas, pues salvo el pecado, venial si se quiere, de la dicción demasiado franca y la imagen de sobra atrevida, allí se habrían hallado en

suelo propio y ambiente natural, aquellas maleantes personas de Parmeno, Sempronio y demás corifeos de la famosa tragicomedia, y las no menos bellacas é intrépidas de *Guzmán de Alfarache, Lázaro de Tormes, El Escudero Obregón* y el truhanísimo *Don Pablos.*

Sea como fuere, por el repecho de aquel terreno escabrosillo hizo sus primeras excursiones el autor dramático ilustre. En los éxitos logrados en el círculo estrecho de la amistad, fué donde ganó los bríos para salir á conquistar el aplauso público, y la noche del 24 de Febrero de 1864, aquella musa retozona y chispeante, original y bizarra, presentábase con su primera creación de importancia, *La Esquella de la Torratxa,* en el teatro del Odeón, hoy ya desaparecido, á posesionarse del campo que se había de ir ensanchando ante su paso hasta dejarle dueño y dominador de la escena catalana.

Otros géneros cultivó simultáneamente con el teatral, el numen fecundo é inagotable de Federico Soler. Toda la generación que fué su coetánea en Barcelona, recuerda aquel período de regocijado humor que por donde quiera se difundía, mientras arrojaban las prensas á la avidez general, obras y más obras en las que coleaba gallardamente el chiste penetrante, ruidoso, fresco, y ardía la sátira, rigurosa como un cauterio. Las revistas y parodias que brotaban sin descanso de la pluma de Soler, fueron la comidilla codiciada de las gentes; y lugar es éste apropiado para que notemos otro efecto de mayor trascendencia y duración, determinado por el cabriolear incesante de aquella musa festiva: y fué, que al tiempo de regalarse toda una capital, y todo el Principado, con el sabo-

reamiento de aquella gracia, propagóse por manera rápida y extensa la afición á las lecturas de nuestra lengua catalana, y vulgarizóse su conocimiento como idioma que se escribía, cosa de muchos ni aun sospechada; y nos adiestramos todos, eruditos é ignorantes, en el ejercicio de vencer dificultades, que hoy no recordamos ya, pero que entonces positivamente nos embarazaban; y desciframos la ortografía, é hicimonos sueltos en la prosodia leida, y penetramos en la sintaxis llena de elegancias y genialidades, y convertimos, en fin, nuestro lenguaje instintivamente y por costumbre hablado, en instrumento noble de reflexiva expresión. No neguemos á las publicaciones populares de Federico Soler, el mérito de haber prestado á nuestra tierra ese gran servicio. Otros le siguieron á corta distancia, pero él abrió y explanó la senda. Leyéndole, aprendió Cataluña el catalán, es decir, obtuvo por medio de una práctica que la devoción estimulaba, el conocimiento íntimo é ilustrado de su lengua, y este elemento desde largo tiempo antes decaído y abandonado, principió á convertirse en lo que es hoy para todos los hijos de nuestras comarcas: una demostración de vida, un alarde de fuerzas, la música grata y expresiva, blanda ó enérgica, ruda ó amorosa, con que se celebran aquí las grandezas de nuestro pasado y los esplendores de nuestro progreso.

Aquel *catalá del qu' ara 's parla,* en que se anunciaban escritas las primeras obras de Soler, fué el que trajo ese difundido trato con el habla materna, esa propaganda, esa vulgarización ilustrada que hoy es un hecho tan incontestable como afortunado. Los Juegos Florales,

que al mismo objetivo se dirigían, impusiéronse en sus principios formas demasiado atildadas, no reñidas ciertamente con su origen y significación, y aun quizás inseparables de su esencia, pero poco hábiles para la gran propagación y para su descenso hasta las capas del pueblo menos enseñadas; y hoy que aquel primitivo atildamiento y su sabor arcaico se han suavizado, hoy que el vulgo ya entiende á nuestros poetas, bien pudiéramos afirmar que ello no es sino efecto de la transacción espontánea y lentamente realizada entre las llanezas de aquel *catalá del qu' ara 's parla,* y la ceremonia de aquel otro catalán rancio y linajudo, aunque tan castizo, descubierto en los Códices de los Archivos, y en los Serventesios y Esparsas de los antiguos trovadores. Grande enemistad y enconada lucha reinó entre las dos escuelas ó tendencias, y Soler, en aquella su primera y humorística personalidad de *Serafí Pitarra,* hubo de sufrir tremendas diatribas y persecuciones, de las cuales no he de hacer aquí más detenida mención que la de esta breve referencia, ya que por una parte el enojo que las aconsejaba, era ingenuamente sentido en pro de una causa que se creía atacada, y, por otra parte, la animadversión se trocó hace muchos años en amistad sincera y leal reconocimiento de la alta valía literaria de Soler, y de la importancia de sus iniciativas en el campo de nuestras letras.

Claro está que Soler no sospechaba ni pretendía el influjo sobre las aficiones públicas, que desde luego alcanzaron sus primeras obras. Eso lo da á comprender el modesto aparato con que vino á exhibirse, los apodos burlescos de *singlots poétichs* y de *gatadas* con que bau-

tizó los frutos de sus vigilias, el pseudónimo en que se embozó buscando la oscuridad, y aun la ridícula cadencia y sabor grotesco que quiso dar á su fingido nombre de *Serafí Pitarra,* mote de guerra cuyo carácter, tan acentuado, de exótica chanza, no fué bastante á alejar la aureola que le rodeó; risible carátula que á despecho de su extravagancia se convirtió en simpática fisonomía; postizo adorno que jamás pudo apartar de sí el que por sugestión, quizás, de cualquier camarada ocurrente, lo adoptó sin prejuicio ninguno, bien lejos de imaginar que la admiración del pueblo había de inmortalizarlo.

Lo que ofreciera, acaso, explicación menos suficiente, sería la preferencia en que los gustos de Soler se pronunciaron, inclinándole á los géneros de la parodia. Sus obras posteriores, enteramente limpias de todo ese dejo, y pertenecientes á un estilo sereno y levantado, no dejan duda acerca de que el estro del poeta se complacía mejor en frecuentar espacios de mayor amplitud y severidad. Pero con eficacia superior á la de este dato, se justifica nuestra observación, al considerar cual era el temperamento moral de Soler, no ya tan sólo como poeta, sino asimismo como hombre. Todos los que le hemos conocido con cierta intimidad, sabemos que su espíritu era esencialmente romántico; encantábale y atraíale lo grande y lo sentimental; agradábale la generosidad aventurera, la pasión ardiente, los conceptos osados, las impresiones tristes; y él mismo, fuera de sus labores poéticas, en su vivir individual, era naturalmente melancólico, amante de la soledad, soñador, algo trascordado del suelo terres-

tre que pisaba, y codicioso de perfecciones que la humanidad no produce.

¿Cómo, pues, se alejó de esa su esfera, para lanzarse al bullicio del escritor humorista, viviendo entre carcajadas y explosiones de público alborozo, sembrando su camino de chistes candentes, de imágenes que quedaban saltando y jugueteando entre la multitud, de dichos que retozaban por siempre más en todos los labios y de sátiras que encandecían el ambiente? La respuesta á tal cuestión se halla, según mi juicio, en el poder con que el género cómico avasalla en todo concurso de gentes, sea éste tan numeroso como se quiera, y singularmente en nuestros países latinos educados desde sus antiguas civilizaciones en la esgrima de la agudeza, y siempre rendidos al halago de la gracia y la gallardía. Por tradición es en nuestros climas un recio ariete, el chiste; él es también fino y seguro taladro con que en la opinión se penetra, y con él nos dejamos de igual manera hacer cómplices en la ruina de reputaciones, que partícipes en el levantamiento de grandes renombres. Soler, que por privilegio de su talento, se halló poseedor de esa arma potente, y diestro á la par en todas las suertes de su manejo, hubo de resolverse á emplearla con la porfía y esfuerzo que lo hizo, viendo en ella el instrumento de sus conquistas; con ella se abrió paso, con ella se hizo oir y con ella se erigió soberano de la pública opinión, tan rebelde por lo común y tan esquiva.

Pero donde el triunfo se consiguió espléndido y resonante, fué en el Teatro, noble y soberbia manifestación del arte, á la cual, como decíamos, desde luego hizo

Soler objeto de sus predilecciones. No bien hubieron surgido en las humildes tablas del Odeón, las gentiles y castizas figuras de *La Esquella de la Torratxa;* no bien hubieron sonado allí los chasquidos de aquellos donaires y el traqueo de aquellas risas, no quedó en Barcelona ni en Cataluña escenario donde la celebradísima producción no se reprodujera, ni círculo en el cual no se recitaran de coro sus versos, ni catalán que no trasladase á los diálogos familiares sus pintorescas y gráficas citas.

De tal victoria recibió Soler los alientos para acometer su más valiente y meritoria empresa. Ocurría el popular éxito de *La Esquella de la Torratxa,* hacia fines de la temporada teatral de 1863 al 64. Transcurrió el verano, contándose por sus días las representaciones de la afortunada obra en todos los teatros veraniegos, y al inaugurarse la nueva temporada de 1864 al 65, el ya famoso autor, sin más elementos que los muy mermados de su fortuna y sin otro apoyo que el de las esperanzas que en sí mismo fundaba, creó en el propio teatro antes citado, lo que fué el embrión del Teatro Catalán. Traduciendo el persistente y modesto propósito de encerrar aquella evolución en los límites de lo más llano y vulgar, la nueva empresa se tituló *Secció de la Gata,* porque el autor continuó llamando *gatadas* á los productos de su regalado ingenio, y bajo la égida de tal enseña se representaron desde la época indicada hasta 1866, comedias, piezas y zarzuelas que copiosamente enviaba Soler desde el gabinete ó desde el taller á la escena, y entre las cuales son de citar por el éxito ruidoso y duradero que alcanzaron, *Lo Cantador, Lo Castell dels Tres Dragons,*

Lo punt de las donas, Héroes y Grandesas y *Si us plau per forsa*.

He dicho que en aquella humilde empresa tuvo su embrión el Teatro regional, de cuya floreciente existencia Cataluña se ha envanecido y aun se envanece, y basta recordar el apresurado y opulento desarrollo que nuestra vida teatral consiguió á partir de aquellas fechas, para que reconozcamos la exactitud de este dato que, según he expresado, es uno de los que más esencia de honra contienen en la biografía de Federico Soler. El calor del genio es fecundante, y junto á las iniciativas vencedoras del poeta fundador, brotaron sin tardanza los elementos que habian de apoyar y acrecentar el movimiento emprendido. Al lado de Soler reunióse una ilustre cohorte de poetas dramáticos, cuyas obras fueron entonces, y serán siempre, gala y riqueza de nuestro Parnaso. José María Arnau, Eduardo Vidal y Valenciano y Conrado Roure acudieron los primeros á colaborar en la obra de aquel gran monumento que se empezaba, y á los nombres que acabo de citar brevemente se unieron los de otros autores celebrados.

Pero algo más, y aun mucho le era menester á la emprendida campaña, si sus resultados habian de ser una verdad sólida y los esfuerzos no habian de perderse en el vacío. El teatro necesita actores, y Cataluña no los tenía, ó teniéndolos ignoraba dónde estaba el plantel en que había de buscarlos. Y los que faltaban, no eran actores de dotes limitadas y de tibios arrestos, de quienes recibieran las nuevas creaciones de los poetas interpretación mediocre; en los que viniesen á las tablas del

teatro que surgía, se precisaban condiciones excepcionales, la fe del innovador y la clarividencia del intérprete, con el ardimiento brioso y aquel raro don de deleitar y enardecer que sólo á sus elegidos concede la naturaleza. Y al poder fertilizador de la poesía nueva, aparecieron esos artistas; la escena catalana tuvo actores, y actores conspicuos, de la buena cepa, de un lúcido acierto que asombraba, y de tan puro y selecto trabajo, que nadie los tomara por salidos al azar como plantas y frutos de un cultivo improvisado, sino más bien por hechuras pacientemente producidas gracias á las enseñanzas de algún maestro egregio del arte.

Aparecieron, pues, los actores, y con su presencia se hizo más atronador el aplauso, más íntimo el placer, más firme la admiración, más dilatada la popularidad; y cuando Federico Soler hubo visto reunidos en su escenario aquella legión aguerrida, al frente de la cual iba el incomparable Fontova, el cómico maravilloso en quien la gracia y la verdad estaban encarnadas, bien pudo considerar satisfecho que su gran misión quedaba cumplida y que aquí concluía la primera época de su existencia literaria.

La segunda tuvo comienzo sin que mediara el más breve período de descanso. Un día Federico Soler, ganoso de nuevos lauros, necesitado de más altas expansiones, comprendiendo que para él y para su teatro había mayores jerarquías que ganar y acuciado también por el zumbido perseguidor que levantaban sus adversarios, déscorrió con mano fuerte el telón de su teatro, y en el proscenio de las gatadas hizo presenciar á su público un

drama; se bajó el embozo y en lugar de la figura caricaturesca de *Serafí Pitarra,* mostró su rostro y publicó su nombre; atizó la sagrada llama que ardía en su frente de vate ungido, é infundió en sus argumentos y en sus personajes el calor de humanidad, la pasión que conmueve, la fuerza que domina, la dignidad que eleva, la sangre roja, como hoy se dice, que se transfunde del poeta á los seres por él imaginados, de éstos al espectador, y del espectador á todo el organismo del arte, para hacerle robusto, potente, gentil y fiero. Cierta afortunada exploración hecha por uno de los laborantes que he nombrado, el autor de *Tal farás, tal trovarás,* dió á conocer cuán dispuesto se hallaba ya el campo para sembrar en él la más delicada y escogida semilla; representóse aquel drama en catalán, con personajes de la vida común, hablando lenguaje sin hinchazones ni arcaísmos, y el éxito, que fué felicísimo, ahuyentó los recelos de que con la realidad y la llaneza habían de sufrir la impresión estética y el efecto artístico. Todavía por entonces no se había difundido la fe universal y absoluta en el dogma, según el cual el arte es la verdad, y la belleza es espectáculo de la vida reproducido en el papel, en el lienzo ó en el escenario, y la naturaleza, cerril ó amansada, con sus hermosuras y sus rigores, con sus asperezas y sus encantos, el único filón del cual saca el arte sus lingotes de oro.

Las Joyas de la Roser, primera producción dramática que Soler escribió, representóse por primera vez, la noche del 6 de Abril de 1866, en aquel mismo teatro del Odeón, reducido y humilde, donde había rodado la cuna

de la dramática regional. Y con su nueva obra, dió Soler de una vez el último paso en el camino que le quedaba por recorrer: suyo era ya el palenque, cumplido estaba el audaz y generoso empeño, enclavado se veía en el postrer límite de la tierra codiciada el pendón de la conquista; el Teatro Catalán ya existía, la institución era un hecho; decíalo bien claro el bullir de actores y poetas en el tablado, breve espacio donde se reproducían la montaña y la llanura, el bosque y la masía, el mercado y la fiesta mayor, todos pedazos vivos, latentes de nuestra patria: decíalo el aplaudir y vitorear de las muchedumbres apiñadas al pie de las candilejas; y decíanlo el contento y el orgullo de los propios, viéndonos reflejados en aquel espejo fiel y claro, y la estimación de los extraños, que donde hallaban tales pruebas de poderío moral, reconocían de buen grado que allí existía un gran pueblo.

En 1867 fué el Teatro Catalán instalado algo más ampliamente en el de Romea, y desde aquella fecha hasta el triste día en que perdimos al poeta, no cesaron para éste ni la lucha ni los triunfos. Su trabajo fué incesante, de atleta, y gracias á él se hicieron opulentas las letras catalanas con el tesoro de honor y de grandezas que hoy puede ostentar ante la nación y ante el mundo. ¿A qué hacer memoria detenida de aquel continuado crecimiento y espléndida prosperidad de nuestra escena? Todos los coetáneos lo han visto. La corriente caudalosa y recia no paraba de rodar alimentada por ricos manantiales; los estrenos se sucedían, y con ellos las ovaciones; cada obra se perpetuaba en la escena con la firmeza y la

estabilidad de un monumento; la fama y la fortuna se unian con excepcional constancia para prodigar sus dones; el ínclito autor no se rendía ni á la rudeza del trabajo ni á la molicie de las lisonjas; y durante su útil y gloriosa existencia no ha habido año en que la musa catalana no haya escrito en letras de oro sobre el pergamino de su ejecutoria, uno, ó dos, ó más títulos que le recuerden proezas literarias de su hijo predilecto.

Ejemplos pasmosos ha habido, de fecundidades semejantes; pero bien podemos afirmar que ninguna de ellas fué tan feliz en sus resultados, porque ninguna entre la copia abundante de sus frutos, ha dejado número de obras renombradas, comparable con el que deja Federico Soler. Repasad su largo catálogo: en él figuran ciento siete títulos, que corresponden á un período de veintiséis á veintiocho años, y de aquellos podréis extraer á lo menos cuarenta, que son títulos de obras, unas maestras y que admirarán el pueblo y la crítica én todos tiempos, otras celebradísimas, y otras no caídas en el olvido y que con justicia seguirán por largo plazo siendo agradablemente saboreadas.

Las Joyas de la Roser, Las Euras del Mas, Lo Rector de Vallfogona, La Dida, Lo Ferrer de tall, Lo Pubill y *Cura de moro; La Rosa blanca, Lo Collaret de perlas, Senyora y majora, Lo Contramestre, Sota terra, La Bruixa, L'Angel de la Guarda, Las Francesillas, Batalla de reinas Lo ret de la Sila, Cosas del oncle*... y otros tantos que iría señalando, ¿no son títulos que todo el que en Cataluña ha vivido, en los últimos treinta años, tiene presentes por la repetición con que los ha oído mentar, acompañados

«Allí hont lo mont fa sombra á l' ona,
»hont bufa 'l vent de la marina
»y 's veu al lluny de Barcelona
»lo fondo port,
»un clot cavèu sota un' alzina
»quan seré mort.

. . . .

»Mon còs deixèu, y ab freda llosa
»may lo cobriu: las àus ardidas,
»lo sol ardent, lo cel de rosa
»vull contemplar.
»Ja 'l cobrirá de flors marcidas
»lo vent del mar.

. . . .

»Y vostres veus al lluny perdentse,
»tornant del mon al trist calvari;
»al vent del mar ohiré, planyentse,
»plorar ma sort,
»quan reste allí, mut, solitari...
»quan seré mort.»

. . . .

Recordadlo y que os acompañe la satisfacción de los buenos por la devoción y prontitud con que habéis cumplido lo que el catalán preclaro pedía á la patria al ir á exhalar el último suspiro.



